

LA PLEGARIA EN LA GRECIA ANTIGUA Y EN JESÚS DE LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS

PRAYER IN ANCIENT GREECE AND IN JESUS OF THE SYNOPTIC GOSPELS

A ORAÇÃO NA GRÉCIA ANTIGA E EM JESUS DOS EVANGELHOS SINÓPTICOS

Jorge Martínez Pérez ¹

DOI: 10.54899/dcs.v22i85.xxxx

Recibido: xx/xx/2025 | Aceptado: xx/xx/2025 | Publicación en línea: xx/xx/2025.

RESUMEN

Este trabajo es un estudio histórico comparativo, a partir de prestigiados autores en lengua inglesa, sobre la plegaria en la Grecia antigua y en Jesús de los evangelios sinópticos. Pone de relieve dos formas diametralmente opuestas de concebir y expesar la religiosidad, así como el encuentro y las influencias recíprocas de ambas, al igual que la concepción de la relación entre lo divino y lo humano a través del ruego. La primera diferencia salta a la vista, ya que hablamos de culturas distintas, como la griega y la judía, así como de dos sistemas religiosos disímiles; el primero politeísta y el segundo monoteísta. La plegaria en Grecia se dirige a un panteón heterogéneo, se realiza en público, en voz alta y, por lo general, el rezo es un *quid pro quo*, entre el humano y la deidad respectiva, porque toda plegaria implicaba una ofrenda y/o sacrificio material a cambio del cual se esperaba el favor solicitado. En la cultura judía, pero sobre todo, en el cristianismo primitivo, plasmado en los Evangelios sinópticos, el creyente se dirige —de forma individual, en solitario de manera silenciosa— a un solo dios, omnisciente, compasivo, generoso que no necesita de ninguna contraprestación para escuchar y conceder las peticiones del creyente sino, fundamentalmente, de una actitud sincera, franca, fundada en la fe y en que dios le proveya y protegerá de acuerdo a la voluntad divina.

Palabras clave: Plegaria. Religiosidad. Sacrificio. Comunión. Don.

ABSTRACT

This work is a comparative historical study, based on the work of renowned English-language authors, of prayer in ancient Greece and in the Jesus of the Synoptic Gospels. It highlights two diametrically opposed ways of conceiving and expressing religiosity, as well as the encounter and reciprocal influences between them, and the conception of the relationship between the divine and the human through supplication. The first difference is immediately apparent, as we are talking about distinct cultures, such as Greek and Jewish, as well as two dissimilar religious systems: the former polytheistic and the latter monotheistic. Prayer in Greece is directed to a heterogeneous pantheon, performed publicly and aloud, and is generally a *quid pro quo* between the human and the respective deity, because every prayer involved a material offering and/or sacrifice in exchange for which the requested favor was expected. In Jewish culture, but above

¹ Doctor en Estudios Religiosos, Universidade Autônoma de Zacatecas, México.

Correo electrónico: jorgemarti@uaz.edu.mx Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-9629-4095>

all in early Christianity, as reflected in the Synoptic Gospels, the believer addresses himself—individually, silently, in solitude—to a single god, omniscient, compassionate, generous, who does not need any consideration to listen to and grant the believer's requests, but fundamentally, a sincere, frank attitude, based on faith and on the belief that God will provide and protect him according to the divine will.

Keywords: Prayer. Religious devotion. Sacrifice. Communion. Gift.

RESUMO

Esta obra é um estudo histórico comparativo, baseado nos trabalhos de renomados autores de língua inglesa, sobre a oração na Grécia Antiga e no Jesus dos Evangelhos Sinópticos. Destaca duas maneiras diametralmente opostas de conceber e expressar a religiosidade, bem como o encontro e as influências recíprocas entre elas, e a concepção da relação entre o divino e o humano por meio da súplica. A primeira diferença é imediatamente aparente, pois estamos falando de culturas distintas, como a grega e a judaica, bem como de dois sistemas religiosos diferentes: o primeiro politeísta e o segundo monoteísta. Na Grécia, a oração é dirigida a um panteão heterogêneo, realizada publicamente e em voz alta, e geralmente consiste em uma troca entre o ser humano e a respectiva divindade, pois cada oração envolvia uma oferenda material e/ou sacrifício em troca do qual se esperava o favor solicitado. Na cultura judaica, mas sobretudo no cristianismo primitivo, como refletido nos Evangelhos Sinópticos, o crente se dirige — individualmente, em silêncio, em solidão — a um único Deus, onisciente, compassivo, generoso, que não precisa de qualquer consideração para ouvir e atender aos pedidos do crente, mas, fundamentalmente, de uma atitude sincera e franca, baseada na fé e na crença de que Deus o proverá e o protegerá segundo a vontade divina.

Palavras-chave: Oração. Devoção religiosa. Sacrifício. Comunhão. Dádiva.



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución- NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)

INTRODUCCIÓN

En el presente año (2025) el cristianismo sigue siendo la mayor religion del mundo —se estima que, de de los 8 mil millones de habitantes, de 2,400 a 2,600 millones pertenecen a él—, por lo cual, su manera de concebir y practicar la espiritualidad permea todo el orbe y suele presentarse como una de las formas más normales y naturales de religiosidad. Los objetivos que aquí nos planteamos es relativizar esta concepcion, exponer, a través del contraste, otras formas de concebir la relación entre lo humano y lo divino a la vez que mostrar la evolución de la plegaria silente y las influencias recíprocas entre el culto griego y cristiano. Las preguntas que han guiado este analisis son: ¿Qué es la plegaria? ¿Cómo se expresa la religion y la relación entre lo humano

y lo divino a través de ella? ¿Cuales son y han sido las formas y características para la petición y la dádiva entre los dioses y los hombres?

Históricamente el tema no ha sido muy abordado ni ha tenido la popularidad de otros temas religiosos. Si en lengua inglesa, que es siempre donde se encuentra la mayor cantidad de fuentes, ello ha sucedido así, en lengua Española existe una carencia mucho mayor de estudios al respecto. Es nuestra intención contribuir a ponerlo de relieve y aportar en llenar ese vacío existente.

MARCO TEÓRICO

El marco teórico se desarrolló a partir de las siguientes teorías: la teoría cristológica de la plegaria que concibe a Jesús como “lugar y objeto de adoración”. La función de la plegaria como “instrumento”, en la Grecia antigua, en contraposición a la plegaria como “existencia”, en los Evangelios sinópticos. De igual manera, la teoría de la “reciprocidad”, entendida como *un quid pro quo* vs la “confidencia”, entendida como la libertad para hablar y establecer una comunicación franca y abierta con la divinidad. Finalmente la teoría de la omnisciencia divina y la plegaria silente en contraparte con la plegaria en voz alta —dado que en Grecia, los dioses eran antropomorfos y limitados—, pues mientras que la primera se presenta como expresión de humildad, recogimiento y sinceridad, la segunda se muestra como sinónimo de superficialidad, vanalidad y ostentación.

La plegaria en la Grecia antigua

Sobre el tema, Pulleyn (1997) aclara que no intenta usar la evidencia griega para dar una definición de plegaria² válida para todas las religiones, aunque resulta claro que la búsqueda por tal definición universal del fenómeno sería la más alta meta de todo estudio dirigido a este tema.

Dice que, por ejemplo, las principales diferencias entre la plegaria griega y la judía eran

² En la mayor parte del trabajo la palabra, *prayer* la he traducido como plegaria, pues en español se presenta el fenómeno de que el sustantivo, “oración”, no solo designa la súplica y el ruego religioso sino también la estructura gramatical de sujeto y predicado — el sustantivo, rezo, por su parte, lo concibo un tanto neutro y más pasivo—. Además de tratar de evitar este parónimo, me parece que, el término “plegaria” expresa una actitud más activa y comprometida con el ruego que la simple palabra “oración”. Evidentemente no es la intención del artículo la traducción ni cambiar las reglas de ella, sólo aclarar el motivo por el cual he decidido manejarla así en esta exposición.

que: los griegos fueron politeístas y los judíos no. Los griegos oraban también a los héroes y los judíos sólo a Jehová. Que en un mundo monoteísta es más fácil desarrollar un concepto unificado de voluntad divina que en uno politeísta. Junto a esto está el concepto judío de pecado como una desviación de la alianza con su dios creador y que los griegos no compartieron este sentido de pecado, pues no se basaban, como los judíos, en la prescripción de Isaías, para hacer de la oración algo más que una invocación vacía sobre el nombre del Señor. Sería por ello indeseable que en pos de formular una definición valedera para todos los casos, se tuvieran qué hacer a un lado todas estas diferencias. Que usará la evidencia comparativa en este estudio, pero no para la búsqueda de una llave con la cual comprender todas las plegarias de todas las sociedades sino para expresar el contraste y la similitud en pos de dar luz sobre la práctica de la plegaria en Grecia.

Intenta no tanto explicar el origen de la plegaria sino más bien cómo se manifiestan en un período (aproximadamente de cinco siglos en Atenas) de varias centurias, que va desde Homero hasta el siglo IV. Cuando habla de la plegaria griega se refiere a la práctica de varias ciudades-estados independientes y que, en retrospectiva, las plegarias griegas parecen haberse alterado muy poco durante el período considerado.

En nuestro estudio nos ceñimos a esta misma delimitación y especificidad hechas por Pulleyn para realizar la comparación de la plegaria en Grecia con las plegarias de Jesús en los evangelios.

Sobre el origen del material estudiado, argumenta que se ha basado en la literatura y en la epigrafía y ha constatado un cuadro de palabras comunes usadas para la plegaria que son, en gran medida, fieles para representar la práctica real de esta.

La tesis central de su libro es la importancia que tiene el concepto de $\chi\alpha\rho\iota\varsigma$ ³(charis) en la plegaria griega. La palabra es frecuentemente traducida como gracia o favor. De hecho, refiere a todo nexo de ideas relacionadas que podríamos llamar de reciprocidad. Cuando uno da algo a un dios, uno está dando $\chi\alpha\rho\iota\varsigma$ en el sentido de que lo que se le ofrece es grato, pero igualmente uno guarda para sí un sentimiento de gratitud de la parte del dios, lo cual es también, $\chi\alpha\rho\iota\varsigma$. Visto lo anterior, el autor intenta ofrecer una definición de plegaria basándose en Aubriot, quien la define como: "...cualquier procedimiento por el cual el hombre, o bien se dirige a la divinidad, o bien trata de recurrir a poderes superiores para obtener un resultado." (Puleyn, 1997, p. 5) por tanto, la plegaria no es simplemente una solicitud, pues incluye otros actos, no necesariamente verbales que, al estar dirigidos a los dioses, implican un intento de comunicación con ellos a

³ Omito los acentos y espíritus de las palabras griegas por la limitación respectiva del procesador de texto Word.

través de una gran variedad de formas. Por ejemplo, en Homero (1982) podríamos ver un prototipo de plegaria constituida por una forma tripartita de; invocación-argumento-solicitud. Hay también un grupo con estructura no muy retórica donde tendríamos invocaciones elaboradas que el poeta explícitamente refiere como plegarias, dirigidas a la atención de los poderes superiores. Un grupo de estas es asociado con el nombre de un dios. En otras fuentes podemos considerar expresiones de maldición, ολοι (oloi) o bendición, ευδαιμονοιης (eúdaimonoies) de una sola palabra. En la mente de los antiguos, los dioses eran capaces de portar maldiciones y traer penas al hombre.

En la petición, el autor considera también la importancia de la gesticulación y las expresiones inarticuladas como gritos rituales, pero indica que, en lo fundamental, las plegarias son peticiones articuladas dirigidas a los dioses.

Cuando usa el término plegaria, especifica que los griegos podían utilizar una de tres o cuatro diferentes formas: ευκομαι (euchomai; orar), αραι (arai; maldición), λισσομαι (lissomai; ruego), ικετευω (hiketeuo; suplicar), lo cual no implicaba que no tuviesen un concepto unificado del término. Por ejemplo, la palabra ευκομαι puede a veces ser usada para nombrar plegarias que también podrían describirse como αραι (arai; maldición) o λιτραι (litrai; designa más bien, algo así como moneda de cambio). Es muy probable que hayan reconocido que ευκη (euche) es el término general de plegaria y que αραι y λιτραι representan subcategorías especiales, no menos que ευκαι.

Refiere que el patrón básico para la plegaria en Grecia, subyacente a todas las palabras que se utilizan realmente para describirla, es una invocación y petición como ω Ζευ δοσ μοι υγειαν (Zeus, dame buena salud) y que, por supuesto, tal afirmación requiere sustanciación. Como en la *Helena*, de Eurípides, en que aquella exclama: “¿Por qué vamos pues por las profecías? Deberíamos sacrificar a los dioses y pedirles cosas buenas y abandonar las profecías”(Puleyn, 1997, p. 7). Lo que constituye una buena demostración, no sólo del lazo estrecho entre sacrificio y expectativa de beneficios materiales, sino también del hecho de que los griegos veían la plegaria como “petición de cosas buenas”. La plegaria y el sacrificio son vistos como inseparables, ya que la una implica lo otro, e implorar es presentado como pedir por cosas buenas, pues plegaria y sacrificio están íntimamente relacionados. Los sacerdotes y los hombres ofrecen regalos y expresan plegarias a los dioses en un mismo acto cultural y, en contraparte, los dioses son impelidos para otorgar beneficios materiales a los hombres. La fórmula quedaría expresada como: dar-y-tomar (*given-and-take, da-quia-dedi*).

¿Quiere eso decir que, para los griegos, las verdaderas plegarias son aquellas que van acompañadas de sacrificios u otro tipo de ofrecimientos? En las tragedias se pueden encontrar plegarias “libres”, que no implicaban sacrificio u ofrecimiento alguno. ¿Pero ello también sucedía en la realidad? El autor se inclina a creer que las plegarias libres sólo se dan en cierto tipo de literatura, pero que, en la realidad, la norma general —que no excluye sin embargo la plegaria libre— era la plegaria acompañada del culto sacrificial, así fuera este mínimo o casi simbólico.

Con todo, la reciprocidad de, dar-y-tomar, entre dioses y hombres no debe concebirse como una “compra-venta”, pues aquél no garantizaba la concesión del bien pedido, ya que, en última instancia, las maneras de los dioses son inescrutables. Tampoco hay una correspondencia entre el tamaño del sacrificio y el don, ya que a grandes sacrificios puede incluso no otorgarse don alguno o bien, ser otorgado con la simple y pura plegaria libre. Pero todo sacrificio u ofrenda iban acompañados de plegarias y cada sacrificio, en términos generales, era tan apreciado como otro.

Los griegos no concebían a los dioses como omniscientes, pues estos necesitaban escuchar lo que sus adoradores querían (aunque más adelante se verá que esta concepción empieza a cambiar en las élites, como por ejemplo con Sócrates). El motivo de la plegaria era asegurarse de que la ofrenda era correctamente dirigida y su propósito propiamente entendido. También se encuentran referencias de plegarias y ofrendas hechas *υπερ* (hyper; en favor de otro), por otras personas. Así mismo sacerdotes o magistrados que las hacían por ciudades enteras. Una plegaria podía ser hecha para especificar la dirección en la cual el adorador deseaba que el *χαρις* fuera canalizado.

En conclusión, la plegaria para los griegos implicaba implorar a los dioses por alguna cosa y consecuentemente había una ofrenda y una retribución, pues no se acostumbraba a llegar a ellos con las manos vacías; toda plegaria, en general, vinculaba un sacrificio que esperaba verse acompañado de un beneficio. Así, tenemos que una característica primordial, como ya se ha explicado, es la reciprocidad; existe un *quid pro quo*, aunque con las salvedades arriba señaladas.

Existen, así mismo, las gracias a través de exvotos, de cantos o de *υμνος* (hymnos) dirigidos a los dioses, a veces compuestos por poetas y acompañados de música, pero los himnos son, en cierto sentido, accesorios, contrario a las plegarias, que son esenciales para demandar el bien solicitado. De cualquier forma, los hombres hacían gala de su creatividad para agradar a los dioses.

En la invocación, los adoradores podían usar sólo el nombre del dios al cual se dirigían

en vocativo y omitir sus epítetos, pero en los casos en los que se usaban, era para resaltar entre los diferentes aspectos de una misma deidad, aunque en general eran o cumplían una función meramente decorativa.

Existen también varios tipos de plegarias en las que la petición tiene por objeto una bendición sin ninguna ofrenda inmediata o recompensa, pero aún en estos casos, el *quid pro quo* no está totalmente ausente, pues el peticionario se dirige a la misericordia de la deidad. Pedir a los dioses para advertir de los peligros o para salvarse de situaciones extremas no implica necesariamente prometer una ofrenda, pero una vez obtenida la respuesta del dios, es propio realizar una especie de ofrenda-agradecimiento, como las ofrendas que los griegos hicieron en Delfos después de las Guerras Persas.

Hay también las plegarias que invocan a los dioses a hacer algo en base a que alguna vez, previamente ya lo han hecho: “Señora, que en el bosque de Aulus me salvó de la terrible mano asesina de mi padre, sálvame ahora” Ibidem (1997, p. 65). Los griegos también sabían que podían ofender a los dioses y pecar contra ellos, pero, general, el tipo de plegarias para implorar perdón son hechas en contextos donde no hay mención de sacrificios, por el contrario, en todas ellas se presentan ofensas específicas contra los dioses, pero no tienen nada que ver con la idea cristiana del ser humano naturalmente pecador y necesitado de perdón por su estado general de laxitud moral.

En otra categoría tenemos a las plegarias para maldecir, pues en la Grecia antigua, las maldiciones no estaban separadas de las plegarias, sino que eran concebidas como las dos caras de una misma moneda, distinguiéndose por cierta diferencia lexical entre ambas. Si se define la maldición como “el deseo de que el mal recaiga en outro”, entonces resulta claro que los griegos frecuentemente buscaban maldecir. Los verbos que podían expresar tales diferencias eran: *ευκομαι* ruego, para pedir o bendecir y *απαομαι* maldigo, para desear el mal a otra persona.

Las maldiciones podían hacerse en público, para tratar de castigar los crímenes en los que todo el mundo estaba de acuerdo que son malos y que no deberían pasar desapercibidos o sin castigo, o en secreto, para incapacitar a todos aquellos que no hubieran hecho ningún mal necesariamente, en cuyo caso recibían el nombre de *defixiones*. Se debe añadir que la magia es concebida como antisocial y opuesta a las actividades religiosas que estuvieron legitimadas y aprobadas por la *polis*, mientras que las *defixiones* son totalmente opuestas a las maldiciones cívicas de la ciudad griega, pues aquellas eran dirigidas a castigar a los malhechores y las segundas obedecen a un deseo de venganza personal.

Respecto al nombre de las deidades, los griegos creían que era muy importante conocer el nombre del dios en cuestión, ya que, de entrada, con eso se ganaba bastante, pues, como opinaba R. M. Ogilvie (1970), al igual que los perros, los dioses sólo responden a su nombre, por tanto, la invocación por su nombre es de central importancia en la plegaria y la magia, pues si se conoce se puede ser escuchado por él. En el antiguo testamento, el nombre de Jehová fue durante mucho tiempo un secreto porque se creía que era demasiado poderoso para ser pronunciado o escrito. En el Nuevo Testamento (*La Santa Biblia. Antiguo y Nuevo Testamento*, 1960) tal superstición se eliminó, porque se pensó que quien invocaba el nombre del señor sería salvado Id.(1997, p. 97).

Pero con el paso del tiempo, habrá un cambio en la evolución de las plegarias dirigidas a los dioses griegos, pues en vez de pedirseles *χαρις*, se les exigirá más *σοφία* (sophia; sabiduría) y *συνεσις* (synesis; inteligencia), mas a partir de aquí estamos ya en un campo realmente diferente que se explicaría por el cambio en el que los hombres critican a los dioses por no estar a la altura de sus expectativas humanas y que finaliza en un mundo en el que Sócrates señala que no deberían hacerles peticiones concretas, pues los dioses saben lo que es mejor para nosotros y simplemente debemos dejar que nos lo proporcionen.

La herencia greco-helenista en el Nuevo Testamento

Respecto de la plegaria en el Nuevo Testamento, Stanley B. Marrow(1982) indica que existe una herencia greco-helenista que no ha sido suficientemente advertida. Además de señalar que ahí, las invocaciones dirigidas a Dios parten de la concepción griega de *parresia*. Trata sobre cómo el significado de esta misma llega a adquirir características propias una vez que es adoptada y desarrollada por los primeros autores cristianos.

Si buscamos en el Diccionario de la Real Academia Española, se especifica que *parresia* es una figura que consiste en hablar “...audaz y libremente al decir cosas, aparentemente ofensivas, y en realidad gratas o halagüeñas para aquel a quien se le dicen”(ASALE & RAE, s/f). Marrow, sin embargo, no concibe que el término siquiera pueda parecer ofensivo, sino todo lo contrario: es el legado de la más pura tradición democrática en Grecia a partir del cual se puede hablar con plena libertad para decir todo aquello que la persona quiera expresar, sin que por ello resulte ofensivo a quien lo escucha. Políticamente fue concebida como libertad de expresión, y se forma de *παρ + ρημα* (par + rhema), llegar a expresar el derecho y *ἐξουσία* (exousia;

potestad), decirlo todo. Implicaría pues, la libertad para expresar todo lo que se quisiera decir con el pleno derecho de hacerlo. Hablar libre y abiertamente.

En la esfera política, *parresia* llegó a tener tres matices que más o menos persisten en posteriores desarrollos: a) un significado más estrechamente vinculado con *ἐξουσία* y que expresaba el derecho a decirlo todo, b) otro más relacionado con *ἀληθεία* (*alétheia*; verdad), que tiene el sentido de apertura hacia la verdad y c) cuando se enfrentan los obstáculos que inevitablemente obstruyen su ejercicio y que implica por ello valor en la apertura. En fin, que la idea de libertad estuvo relacionada a la de *parresia*, pero con el tiempo pasó del uso público a la esfera privada y de designar una forma política a designar un concepto privado de virtud moral. Su ejercicio público se tornó peligroso como resultado del declinar de los ideales democráticos, pero la libertad para hablar abierta y públicamente se aferró al significado básico del término por lo menos en lo que respecta a sus manifestaciones privadas. Como virtud moral fue concebida como el lenguaje de la amistad, que implicaba una comunicación abierta, franca, noble, libre de arrogancia, ridículo, burla y grosería, que son los condimentos malsanos de la libertad de expresión.

En la traducción bíblica de la Septuaginta es usado el término con su significado de comunicación íntima, pero franca y abierta, propio de la amistad, ya sea en la literatura sapiencial o para dirigirse a Dios. Pero es en Juan donde se encuentra el más cercano vínculo con el uso judeo-helenístico de *parresia* y que toma el significado o se le otorga el sentido de *confidencia* con Dios. *Parresia* es un acceso a Dios. En el cuarto Evangelio, Cristo habla abiertamente (Juan 7:13 1960) con ellos y claramente sobre el Padre, *Íbid.* (16:25), ...no he dicho nada en secreto, *Íbid.* (18:20). O con Pablo, en la hora de su juicio habla sin miedo, claro y sin parábolas, abiertamente sin obstáculos (Hech 28:31 1960). Y ya en la comunidad cristiana, *parresia* es un don divino para la plegaria y no sólo una virtud moral a ser alcanzada a fuerza de aplicación personal a adquirida por ejercicios de repetición. *Parresia* es también audacia, para predicar valientemente en el nombre de Jesús *Íbid.* (9:27 1960) *Parresia* es una apertura franca hacia Dios y hacia el hombre, es un don concedido a los cristianos para un acceso directo al Señor en la plegaria y para una libertad sin límites de proclamar el Evangelio de su hijo.

Comparando la forma en la que se dirige la plegaria en la Grecia antigua y en la nueva comunidad cristiana, resulta claro que en el cristianismo se da una concepción más intimista, de amistad, de apertura y de *confidencia* con Dios, el cual, además, no es motivado a conceder los favores pedidos por sus adoradores a partir de que se le haga un culto sacrificial material, basta

con la actitud de humildad, apertura y franqueza. En ambas, la plegaria se pronuncia abierta y francamente, en voz alta, pero en el cristianismo ya no aparece la fórmula dar-y-tomar o el *quid pro quo*, digamos que no en el estricto sentido material del término, porque cuando se suplica no se ofrece a cambio un sacrificio material como se ofrecía en el caso de las plegarias y los ruegos dirigidos a los dioses griegos, quizá más bien una adhesión y devoción al Padre, un estado de ánimo espiritual agradable a los ojos del Señor. Dios pasa de ser un ente totalmente exógeno a convertirse en un amigo y confidente que otorga la comunicación abierta y franca como un don y no como algo que deba ser ganado por el adorador. La plegaria es en ese sentido, la vía más directa y sin condiciones para tener acceso a él como amigo y como confidente.

Decimos que la plegaria se pronuncia abierta y francamente, en voz alta, porque con el tiempo la forma de dirigirse a Dios en el cristianismo evolucionará a un tipo más personal e incluso a proferirse en silencio, pero ello implica toda una historia en la que la prédica silente debe ganarse el derecho de naturalización para presentarse luego como la forma más normal, e incluso la más genuina, de comunicación con Dios. Ello implicará también todo un cambio en la forma y las cualidades en que es concebido el dios en cuestión.

La plegaria silente

Como lo muestra Pieter van Der Horst (1994), en la antigüedad las plegarias se hacían en voz alta, y las que se realizaban en silencio eran vistas como prácticas anómala, pues se les relacionaba con la magia, con la hechicería o con deseos malsanos o funestos de la gente que oraba de esta manera. También se pensaba que, al realizarlas de esta forma, las plegarias eran más poderosas porque al no ser escuchadas por nadie, tampoco podían ser contrarrestadas con otras oraciones dirigidas a tal fin. Que fue sobre todo con el neoplatonismo, su concepto de dios trascendente y el menosprecio de lo material y lo corpóreo, que el silencio total, como la más pura forma de adoración, fue gradualmente aceptado.

Ya hemos visto que, en la Grecia antigua, la plegaria pronunciada para maldecir tenía como característica principal un determinado sentido de la justicia, por eso quienes generalmente recurrían a ella lo hacían, ya fuera en público o en secreto, para tratar de resarcir el daño o el agravio que creían haber sufrido. Sin embargo, las maldiciones proferidas en secreto, contrario a las maldiciones cívicas, eran vistas como prácticas malsanas y reprobables. La plegaria en secreto era considerada doblemente negativa si además era realizada en voz baja, porque siendo

así, generalmente se asociaban con la obtención de sexo ilícito o para ocultar crímenes o planes criminales. Se verá más adelante que en el cristianismo el proceso obra en forma inversa: mientras que en Grecia la plegaria personal, en secreto, proferida entre labios o en silencio comporta deseos malsanos y perniciosos, en Jesús representará los valores opuestos; es signo de sinceridad, de ausencia de ostentación y de orgullo, carente de vanagloria personal y expresa la verdadera forma de dirigirse a un padre que es todo amor, comprensión, que escucha atentamente a sus hijos y que sabe de antemano lo que ellos necesitan aún antes de que se dirijan a él.

Sin embargo, había ocasiones excepcionales en las que no toda plegaria hecha en silencio obedecía a propósitos malignos, como en las situaciones en las que, por impedimentos físicos o situaciones peligrosas, no podía realizarse en voz alta. Por ejemplo: cuando en la Odisea, Ulises al ser atrapado por una gigantesca ola, clama en silencio dentro de su corazón al dios de la corriente, porque obvio, físicamente no podía hacerlo (V 445-450 1982), en las que el pronunciar en voz alta el nombre del dios, se podían invocar sus nocivas actividades, porque como ya hemos dicho, tenía por fin ocultar intenciones de carácter criminal, en cuyo caso se murmuraba la plegaria entre los labios o se decía en completo silencio, cuando se imploraba por razones de magia o magia negra en la mayoría de los casos y, finalmente y por un motivo totalmente diferente a los anteriores; por un cambio en la concepción de la naturaleza de la deidad, la cual adquiere visos de omnisciencia y por ello puede saber lo que el suplicante pide, así lo haga este en voz baja o en completo silencio.

Llegamos así a la tradición cristiana, en la que la plegaria silente poco a poco se acepta y adapta teniendo en cuenta el influjo de los dos principales factores arriba mencionados. Es así como Mateo con su Evangelio ejerce una importante influencia al señalar, en el Sermón de la Montaña, que Jesús dijo como una forma de enseñanza para la plegaria que: “Mas tú, cuando pidas, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mt 6:6 1960) Es evidente que con ello Jesús indica no caer en la ostentación de la plegaria, pero más que eso, el punto esencial es que la plegaria únicamente es para Dios, no se necesita audiencia humana, y el alma en la plegaria debe dirigirse únicamente hacia él, pues, y he aquí el cambio sustancial: tu Padre sabe lo que necesitas antes de que se lo pidas (Mt. 6:8 1960) ¿Quiere esto decir que, por ello la misma, plegaria resultaría innecesaria, ya que Dios sabe de antemano lo que necesita el hombre? Sí y no. Sí en el sentido de que, si estamos en presencia de un Dios que es omnisciente, lo que se diga o deje de decirse no agrega nada a lo evidente para él, pero, por otro lado, el mismo acto de dirigirse a Dios en la

oración implica estar pidiéndole algo, y esto se hace claro con el deseo y la actitud que tiene el adorador de acercarse a su padre, de estar en comunión con él. Con el paso del tiempo, la oración en silencio empieza a ser aceptada y a ser la vía idónea de comunión y de oración con Dios. Repetimos que tal proceso fue lento y tuvo que tomar largo tiempo, pues en las primeras centurias del cristianismo era claro que la plegaria en voz alta tenía primacía sobre la plegaria silente.

La plegaria en la vida de Jesús y de los fieles. La actitud y la forma de pedir

Pasamos ahora a la actitud que debe tener el adorador cuando se dirige a Dios por medio de la plegaria y el papel que juega la oración en la vida del creyente. Si en la plegaria griega la principal fórmula era el dar-y-tomar, implicaba un sacrificio material y un *quid pro quo*, no se necesitaba una actitud especial para decir la plegaria como tampoco para ofrecer el sacrificio material por la acción pedida. Simplemente había que ceñirse a cierto ritual y esperar que el o los dioses en cuestión hicieran la parte que les correspondía pues, como hemos señalado, no se trataba de un contrato de compraventa, si bien se entendía que implicaba un *quid pro quo*, nada indicaba que el ritual debía llevarse a cabo teniendo el peticionario que adecuarse a determinada actitud espiritual significativa y *sine qua non*, para hacer factibles sus demandas ante el dios en cuestión, dado que ello estaba implicado en gran medida por la misma ofrenda. Tampoco la plegaria en sí podía tener una influencia en la vida común del adorador ni era una vía para que este tuviera una existencia diferente de la que llevaba con o sin ella. La plegaria era un simple medio para obtener un fin, podríamos decir, mundano. En los Evangelios, por el contrario, la plegaria en sí era de fundamental importancia, incluso podríamos señalar que es un fin en sí misma, pues no sólo constituye una manera de pedir, sino que se erige como toda una forma de vida, de unión con lo divino, ejemplificada por la manera en que Cristo no solamente ora a su Padre, sino por la forma en que vive por y para la oración.

Lindell O. Harris (1967) señala que el Evangelio de Lucas es fundamental para comprender la plegaria y la vida del Nazareno como un orador por excelencia, pues Lucas lo presenta como un hombre para quien orar era parte integral y vital de su existencia. Jesús predicaba que todo hombre debería orar porque Dios, el Padre Celestial, estaba interesado en las necesidades de sus hijos. Sin embargo, les advirtió que no todo lo que pasa como plegaria es genuino, por ello, trató de instruir a sus discípulos sobre la forma correcta de llevar a cabo la plegaria. Lucas usa las formas de dos palabras que sugieren la plegaria: *deesis*, que comporta la

idea de súplica petitoria y da preeminencia a una expresión de necesidad personal (Lc. 1:13, 5:33, 10:2, 21:36, 22:32 1960) y de *proseuke*, de carácter sagrado, deseando o derramando y da preeminencia al elemento de devoción.

La plegaria para Jesús era fundamental, ya que representaba la vía para hablar con y escuchar a Dios, era un camino de comunión con El Señor, el instrumento que utilizaba para definir situaciones cruciales en su existencia cuando debía tener ideas claras, estados de ánimo serenos e intenciones firmes y valientes para afrontar los eventos ineludibles que se le presentaban conforme se acercaba el punto final de su misión en la tierra. Pero Jesús no sólo enseña explícita e implícitamente la forma de orar sino, sobre todo, muestra que la plegaria abre a una nueva forma de vida, una nueva vinculación con Dios que es el punto de partida y el camino hacia una vida de rectitud y de virtud.

La plegaria fue necesaria al momento de ser bautizado y es también el momento que marca el inicio de su ministerio, para resistir a la tentación, para pedir por la elección correcta de sus discípulos y por la labor que deberían desempeñar a futuro como representantes y predicadores de su mensaje, para superar las situaciones de crisis que se le presentaban, para prepararse para el momento de su muerte, y, en fin, en el acto de su misma transfiguración.

Para realizar sus plegarias, ordinariamente se retiraba para estar a solas, ya fuera por las mañanas, por las tardes y a veces la noche entera. Cuando sus discípulos le pidieron que les enseñara a orar, les enseñó el Padre Nuestro como la plegaria paradigmática de comunicación con El Señor —más adelante volveremos sobre esta—, pero se podrían inferir toda una serie de preceptos para que sus discípulos y todos sus seguidores tuvieran en cuenta a la hora de realizar sus oraciones: Realizarlas ordinariamente y vivir en una actitud permanente de oración, rezar en momentos críticos o claves para obtener la fuerza, la claridad y la decisión necesarias, expresar que se haga la voluntad del Señor antes que la propia, como ya se ha dicho, hacerlo en sitios solitarios para no ser interrumpido, dar gracias a Dios por el pan de cada día y por el sustento físico, dirigirse al Dios con espíritu de reverencia y humildad, ser siempre sinceros y poner al hombre en armonía con la voluntad de Padre, ser persistentes en la oración, emular a Jesús, seguir sus enseñanzas y tener presente también que habrá ocasiones en las que Dios no responda a las peticiones formuladas en el ruego.

Kuy Sam Han (2000) también afirma que la plegaria es un elemento muy significativo en el Evangelio de Lucas. Concibe que existe un cambio de foco entre la vida de oración de Jesús y su enseñanza sobre la plegaria, pues la primera pone el acento en el tema de la crucifixión y el

establecimiento futuro del Reino de Dios, mientras que la segunda tiene por objetivo enseñar que a través de la oración persistente los discípulos están instruidos para la venida de El Reino y para vivir en él. En ese sentido, mientras que las plegarias de Jesús lo preparan para la cruz y para El Reino del Señor, las plegarias de sus discípulos hacen otro tanto con respecto a ellos, al tema de la cruz y al Reino de Dios. Jesús les invita a tomar la cruz cotidianamente y la oración será la vía por la que ellos lo hacen y por la que viven entre las dos dimensiones del Reino del Señor.

Pero ya sea como ejemplo o como enseñanza expresa de Cristo, la plegaria será el elemento esencial, indispensable para todo aquél que quiera seguir el mensaje de Jesús, pues ella abre una nueva dimensión existencial y un camino de comunión para con el Señor, como también para vivir en su reino, presente o futuro, en esta vida o en la otra.

Dorothy Lee (2004) irá aún más allá al afirmar que Jesús, en el cuarto evangelio, a través del Espíritu, es a la vez el lugar y el objeto de adoración para la primitiva iglesia. Siendo esto, tendríamos otras características: Cristo no sólo sería el principal ejemplo, ni el principal maestro, sino, sobre todo, el lugar y el objeto de la adoración; la fuente de adoración y el principal adorador. En el Evangelio de Juan, el Mesías tiene una dimensión tanto cristológica como teológica sustentada en el Espíritu Santo. Todo ello daría por consecuencia que el Nazareno es: ejemplo y maestro de una vida de oración, lugar, objeto de culto y principal adorador. Reunido todo en la única persona de Jesús, sustentada por su proximidad y consubstancialidad con el Espíritu Santo. Pero también es cierto que Jesús participa o es a la vez Espíritu, pues aquí se muestra que el verbo se hizo carne (σὰρξ; sarx). Juan habla de Jesús como quien habla de un templo en el que el cuerpo-carne de Cristo revela la gloria divina, como el templo revela la gloria de Dios en Israel. En cierto sentido Jesús purifica la casa del Padre; en otro, él mismo es la casa (οἶκος; oikos) en la que el Padre habita. *Íbid.* (2:16-17), el principal adorador deviene en lo en adorado.

Pero al agregar a Cristo como lugar-objeto de culto y al señalar la transformación del verbo en carne y la consubstancialidad entre las tres personas, Lee introduce un elemento que es ineludible tratar: Si el adorador y lo adorado devienen la misma cosa, ¿Necesitaba Jesús dirigirse a través de la plegaria al Padre para obtener ayuda, sabiduría y así poder resolver los eventos decisivos de su vida? La respuesta de la autora es que no, que el lenguaje de Juan es, en este sentido, una representación (*performative*)(2004, p. 293), una visualización, una promulgación de la relación entre el Padre y el Hijo cuyo objetivo cumplía sobre todo una función de reciprocidad. La cruz significa no un acto de amor del Padre hacia el mundo sino un acto de amor

de Cristo hacia el Padre en el que todos los seres humanos están llamados en el mismo sentido; al perpetuo retorno de amor al Padre en la plegaria y en el culto. “El estrecho vínculo de unidad entre el Padre y el hijo hace innecesaria la plegaria petitória” *Íbid.* (p. 294) No hay diferencia entre la voluntad del Padre y el Hijo. El único propósito de la intercesión de Jesús, —y podríamos agregar, de sus plegarias— era profundizar la fe de quienes lo escuchaban, de la comunidad de creyentes. Repentinamente nos damos cuenta de que, respecto de la plegaria, Jesús sólo cumple con una función esencial: la de enseñar cómo suplicar a Dios, la cual refuerza con sus palabras y con sus actos, pues todos ellos van dirigidos a hacerla más patente y a profundizar el sentido de fe, de unión y de adoración que los creyentes deben tener para con el Padre, para con el mismo Jesús y para con el Espíritu Santo.

El Padre Nuestro

Concluimos con la plegaria cristiana por antonomasia; el Padre Nuestro. David E. Garland (1992) opina que frecuentemente se reza de un manera inadecuada por mentes desatentas que no captan la esencia, pero que repetirlo es un ejercicio sin sentido a menos que se le vea como una guía sobre cómo orar, qué pedir y en qué espíritu hacerlo. Por tanto, es de crucial importancia su verdadera interpretación. ¿Constituye este una guía para vivir la vida cristiana o una plegaria sólo relacionada con el fin de los tiempos? Ambas opciones encuentran justificación en el evangelio de Mateo. Pero el autor prefiere centrar su atención en la primera opción; como plegaria modelo para discípulos, modelo cuyo propósito es tener un efecto directo en sus formas de vida.

Mientras que en Lucas y Juan la formulación de la plegaria es motivada por la petición de los discípulos para que les enseñe a orar, en Mateo es puesta en el corazón del Sermón de la Montaña. El mensaje es, no hacer ostentación de bondad público ni ufanarse frente a la gente. A no ser como los hipócritas que hacen fanfarria cuando dan limosna (Mt. 6:24 1960) y que pasean su piedad cuando oran en las sinagogas y en las esquinas de las grandes vías. Por ello, da consejos prácticos para realizar la plegaria: retirarse a un lugar apartado para orar en secreto, pues la plegaria en lo individual sólo concierne a Dios y no está destinada a la exposición pública, ya que el Padre sabe lo que necesitas antes de que se lo pidas, *Íbid.* (6:8).

Que el Padre Nuestro, en contraste con las largas plegarias paganas, tiene sólo una breve invocación y seis peticiones: tres concernientes a Dios; santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino y hágase tu voluntad. Y tres concernientes a nosotros mismos: danos el pan,

perdona nuestras deudas, no nos dejes caer en tentación y líbranos del mal. Pero no contiene ninguna petición de favores terrenales, como riquezas y poder.

Ya hemos visto que lo anteriormente expresado por Garland sobre la plegaria en el mundo griego sólo en parte esto es verdad, porque en muchos casos la enumeración de los nombres y atributos del dios sólo cumplían, por decirlo así, una función cosmética, ya que eran expresados con la simple intención de agradar al dios en cuestión y no eran formularios indispensables que debían cumplirse al pie de la letra para llamar su atención, obtener su favor o el poder sobre ellos. Lógico es también mostrar que toda plegaria se basa mínimamente en ciertos patrones que deben obedecerse a grandes rasgos en todas las religiones para que el creyente se dirija a la deidad, sea esta pagana o cristiana. Evidentemente, como esperamos haya quedado demostrado, hay grandes diferencias entre la plegaria en la Grecia antigua y la plegaria de Jesús expuesta en los evangelios, pero no creemos que la sustancial se base en la apelación al nombre de la deidad y sus atributos.

METODOLOGÍA

Primeramente se realizó una investigación documental y bibliográfica a fin de identificar los autores paradigmáticos, expertos en el tema. Después de la selección se realizó la revisión y síntesis de los trabajos respectivo para efectuar un análisis comparativo entre la plegara en la antigua Grecia y en la vida de Jesús a partir de los Evangelios sinóptico y, finalmente, se efectuó um análisis exegético y teológica para obtener las conclusiones respectivas.

RESULTADOS Y DISCUSIONES

Los resultados son claros e interesantes pues, a partir del concepto de deidad o deidades respectivas, tenemos un marcado contraste entre un panteón de dioses antropomorfos, no omiscientes a los cuales se debía orar en público, en voz alta, contrastados con un solo dios, omisciente, omnipotente y confidente al cual se le oraba en silencio. Lo anterior da como consecuencia una trasvaloración de la plegaria pues, mientras que en la antigua Grecia, la plegaria silente y en secreto era vista como algo negativo y hasta malévolos, en el cristianismo se concibe como la forma más auténtica, sincera y directa de orar a dios. Si en la religión girega se concebía la prácticta como un *quid pro quo*, en la cristiana, el creyento unicamente ofrece su actitud y fidelidade para ser escuchado y recompensado, si en Grecia sólo se pedia um don material, en el

cristianismo, la recompensa es una comunión, forma de vida e instrumento de salvación, aparte de que Jesús —dios e hijo de dios a la vez—, es ejemplo, maestro lugar y objeto de adoración.

Este estudio se circunscribe a la elección de un conjunto de atuores, los más sobresalientes en el tema, lo cual no quiere decir que con ello la discusión se abarque o se agote en su totalidad, sino que abre el caminho a toda una serie de interpretaciones que ponen de relieve la dinámica y evolución de lo que, desde tiempos inmemoriales, ha sido la comunicación entre los dioses y los hombres.

CONCLUSIÓN

Empezando por las más evidentes; es claro que analizamos la plegaria en una religión politeísta cuyo concepto de dios es eminentemente antropomórfico tanto en la forma como en las actitudes sentimientos y pensamientos. Es ya un lugar común decir que los dioses en Grecia tenían todas las cualidades humanas, tanto positivas como negativas, pero magnificadas. Pero debemos agregar que los dioses no eran omniscientes, por lo que las plegarias tenían que realizarse a viva voz para que fueran escuchadas y atendidas ellos. Que la plegaria en solitario y en silencio tenía una connotación negativa, pues se usaba generalmente para obtener venganza de situaciones que el peticionario creía injustas. Mientras que en los evangelios hablamos de un culto monoteísta, con un dios omnisciente, omnipotente, que es toda perfección, bondad, comprensión y un verdadero confidente para con sus hijos, pero que además siempre está al tanto de sus necesidades. En ese sentido, sólo es necesario que el hombre se dirija a él de la manera adecuada para encontrar respuesta, ya que el Padre sabe de antemano todo lo que necesita, por ello, no es necesario que la oración se realice en voz alta.

Mientras que en Grecia la plegaria debe ser hecha en voz alta y hasta en público para que se vea como adecuadamente expresada, lícita, normal y moral. La plegaria hecha en solitario, en secreto y en silencio tiene todas las características contrarias a la primera y se le equipara más con la hechicería que con la religión. En los evangelios y el cristianismo, por el contrario; la plegaria realizada en voz alta llega a tener la connotación negativa porque evidencia hipocresía, afán de protagonismo y falsa espiritualidad. Es una plegaria que se realiza para agradar a los ojos de los hombres, pero no para quedar bien a los ojos de Dios. En contraparte, la plegaria en solitario y en silencio es la forma idónea para comunicarse con Dios, pues además es la vía de comunión con el Padre y ésta debe realizarse de preferencia en un lugar solitario para no ser interrumpido y

en un espíritu de humildad y sinceridad para con el Señor, pues antes que escuchar las palabras, Dios escucha los corazones. También, y contrario a las defixiones, la maldición en los evangelios siempre es expresada por Jesús en público (v.g.: Mt. 11:21) y no existe registro de que se hubiera hecho entre labios o en silencio. La oración con Dios es una comunicación con el lenguaje propio de la amistad, de la sinceridad y de la libertad de decir abiertamente las cosas (parresia), mientras que en el mundo griego simplemente es una comunicación con el lenguaje propio del hombre dirigiéndose a un dios para pedirle algo.

En la Grecia antigua, para toda plegaria primaba la fórmula del dar-y-tomar. Es relevante el término de *χαρις*, ya que implica que en la relación petición/don tanto el hombre como el dios reciben a cambio algo grato de la contraparte. Aunque existía un *quid pro quo*, porque el griego no llegaba a pedir a sus dioses con las manos vacías —sino que, por regla general, cada petición iba acompañada de un sacrificio material que tenía o podía tener también como contraparte un beneficio material, aunque no fuera en las mismas proporciones al sacrificio ofrecido— también podía suceder que el don fuera concedido a cambio de algo grato que no necesariamente fuera material. Por ello, decir que en el mundo griego la forma usual era que toda oración implicaba un sacrificio no equivalía a decir que la plegaria libre sin sacrificio no existiese, pues se daba, aunque con menos frecuencia y en situaciones especiales.

En los evangelios desaparece el sacrificio y el *quid pro quo*. Es normal y hasta evidente que el hombre tenga que llegar con las manos vacías para que le sean llenadas, pues Dios está para proveer el pan de cada día y para librar al hombre que pide, de todos los males y peligros. Pero siempre en consonancia con la voluntad del Señor. El dios cristiano es un dios atento y siempre accesible a la súplica de sus creyentes. El dios griego tiene su propio mundo y sus propias preocupaciones, por ello, la invocación debía llevar algo más que la simple súplica y ser complementada con un sacrificio. Tampoco se piensa en el pan de cada día ni en estar en sintonía con la voluntad de la deidad.

En el mundo griego la oración es un simple instrumento para pedir un don, pero no es vista como una vía de salvación, pues no existe el pecado en el sentido cristiano del término, ni tampoco la condenación que este implicaba. Tampoco es una vía de comunión con los dioses, un hablar franco entre dios y el hombre ni mucho menos una vía que abre la vida a una nueva dimensión existencial. No se hacía énfasis en que se debía ser persistente en la plegaria, no era predicada por algún mesías como el camino de comunión con un dios único ni tampoco una forma de salvación en un mundo en el que no había un final inminente ni un reino por venir. Pasarán

varios siglos para que una concepción similar a la anterior —por lo menos con respecto a lo visto con los neoplatónicos y los estoicos, que concebían un dios inmaterial para quien no era necesario ofrecer sacrificios materiales— fuera expresándose en la religión griega. No existió tampoco una plegaria por antonomasia, aunque pudieran existir patrones de súplica para pedir cosas materiales a los dioses ni por supuesto; que un hombre fuera el logos hecho carne, ejemplo, lugar ni objeto de adoración.

REFERENCIAS

ASALE, R., & RAE. (s/f). *Parresia* | *Diccionario de la lengua española*. «Diccionario de la lengua española» - Edición del Tricentenario. Recuperado el 21 de noviembre de 2025, de <https://dle.rae.es/parresia>

Garland E., D. (1992). The Lord's Prayer in the Gospel of Matthew. *Review & Expositor*, 89(2), 215–228.

Harris, L. O. (1967). Prayer in the gospel of Luke. *Southwestern Journal of Theology*, 10(1), 59–69.

Homero. (1982). *Odisea* (1ª). Gredos.

La Santa Biblia. Antiguo y Nuevo Testamento (Reina-Valera, Trad.). (1960). Broadman & Holman Publishers.

Lee, D. (2004). In the spirit of truth: Worship and prayer in the Gospel of John and the early fathers. *Vigiliae Christianae*, 58, 277–297.

Marrow, S. B. (1982). Parrhesia and New Testament. *The Catholic Biblical Quarterly*, 44(3), 431–446.

Ogilvie, R. M. (1970). *He Romans and Their Gods in the Age of Augustus*. Norton & Company.

Puleyn, S. (1997). *Prayer in Greek Religion*. Clarendon Press.

Sam Han, K. (2000). Theology of prayer in the gospel of Luke. *Journal of the evangelical theological society*, 43(4), 675–693.

Van der Horst, P. (1994). Silent prayer in antiquity. *Numen*, 41, 1–125.